

escolásticos facultad *estimativa* de los animales, á la cual atribuían el conocimiento que éstos poseen de lo útil y dañoso, agradable ó desagradable de las cosas, consiste esencialmente en un principio de asociación (1).

(1) «Si el animal muestra tanta habilidad en sus obras, dice Santo Tomás, no es porque sea guiado en ellas por su propia inteligencia, sino que el Autor de la naturaleza ha sabido, con una sabiduría suprema, llevarle por una inclinación natural á realizar obras de orden perfecto.» (*Sum. Theol.*, I, II, 13 ad 2.) —«El que los animales obren conforme á un fin, como si previesen lo futuro, no es porque tengan representación alguna de lo futuro, sino que se representan los actos presentes, que se ordenan á los fines por inclinación natural más bien que por conocimiento de los mismos.» (*De anima*, lib. III, lect. 5.) —V. MERCIER. (*Psychologie*, págs. 234-257.)

§ II

EDUCACIÓN Y HÁBITOS DE LA SENSIBILIDAD

1. Los instintos y los hábitos.—2. Educación de los sentidos.—
3. Intervención de las facultades superiores en la formación de los hábitos.—4. Efectos del hábito.

1.—Así como el instinto aparece como una coordinación de sensaciones, tendencias y movimientos según leyes naturales, hereditarias y uniformes en cada tipo específico del reino animal, así el hábito consiste también en una coordinación permanente, pero adquirida, que da cierta uniformidad á la vida de los individuos; de aquí que los hábitos pudieran considerarse como instintos individuales, por oposición á los verdaderos instintos que son específicos. Los actos instintivos son producto de la constitución psíquico-orgánica del animal, y son invariables como las leyes inmanentes de la actividad natural; los hábitos, en cambio, se originan de la adaptación de las actividades internas á las condiciones particulares de la vida de los individuos; en los instintos se revela un plan general anterior á la experiencia, que ordena los actos á un fin, y en los hábitos hay también un fin, pero determinado no por

leyes fijas de la naturaleza sino por el medio exterior de vida, y de aquí la forma diversa y variable que aquéllos presentan en los individuos.

Sin embargo, no es posible trazar una línea de separación bien definida entre estas dos formas de la actividad sensible, como tampoco entre los caracteres específicos é individuales de los seres, puesto que los hábitos aparecen como prolongación y complemento del instinto y de la naturaleza; así es como ciertos instintos naturales varían á veces según las condiciones exteriores, y los hábitos, debido á estas mismas condiciones, llegan á adquirir la consistencia y uniformidad de los instintos; por esto suele con razón decirse que el hábito forma una segunda naturaleza.

La educación y el hábito son condición necesaria para el desenvolvimiento de la vida sensible, orientando y facilitando el ejercicio de las facultades y aptitudes en relación con las necesidades interiores y el medio que nos rodea. A la educación y hábitos sensibles se deben la armónica adaptación de los sentidos á las impresiones de los objetos, la conservación de estas impresiones en forma de organismo psicológico permanente de imágenes de las cosas, de modo que sirvan para orientarnos en las relaciones con el mundo exterior, así como la asociación sistemática de estas representaciones á las tendencias y á los movimientos.

Y en otro orden superior al puramente sensible, la riqueza intelectual del sabio, la grandeza moral del santo, y la delicadeza y habilidad del artista en conce-

bir y realizar la belleza, todo ello es resultado de una educación habitual más ó menos laboriosa de la naturaleza.

2.—Veamos primero cómo los sentidos necesitan esta educación previa en la percepción adecuada y normal de las cosas. Originariamente éstos solamente nos ofrecen impresiones aisladas y fragmentarias, el reunir las en conjuntos al modo como están las cualidades en los objetos, es fruto de la experiencia habitual de los primeros años. La primera etapa de la vida es de educación de la sensibilidad, de organización de impresiones, imágenes y movimientos adaptados á las necesidades y fines de la naturaleza.

Así, con respecto á las percepciones visuales, por ejemplo, parece que la aptitud originaria y nativa de la vista debe limitarse á percibir impresiones objetivas en forma de color y proyectadas en un espacio indefinido. Esto parece resultar de las experiencias sobre los ciegos de nacimiento recién operados de las cataratas. Ellos objetivan y proyectan al exterior las imágenes, pero sin apreciación de distancias relativas y probablemente ni absolutas, viendo todos los objetos en un plano indefinido, hasta que, transcurrido algún tiempo de ejercicio, nace y se desenvuelve la noción de las distancias. Todo parece indicar también, según Preyer, que el recién nacido carece en absoluto de esta percepción, y que hasta tres años la tiene el niño sumamente imperfecta todavía. El fijar definitivamente las posi-

ciones y formas de los cuerpos en el espacio, y sobre todo las distancias con alguna precisión, procede de la asociación espontánea de sensaciones complejas merced al ejercicio repetido y habitual; tales como la acomodación y convergencia visuales, la visión estereoscópica ó contraste de imágenes binoculares, la varia intensidad de la luz, los tonos de color, la perspectiva, las nociones anteriores y habituales de las cosas, y por último, la asociación de impresiones visuales á las correspondientes de otros sentidos, y principalmente del tacto; este sentido es en los primeros años el principal educador de la vista en la apreciación de las formas y distancias de los objetos.

Como la vista, necesitan todos los sentidos un proceso análogo de ejercicio y educación para su funcionamiento normal, y de asociación de impresiones distintas de cada uno, de manera análoga á como las cualidades se unen en los objetos, y de todas ellas á su vez con las tendencias y los movimientos. A la impresión visual de color y figura de una manzana asocia el niño espontáneamente las sensaciones de gusto, olfato y tacto, despertando el apetito que á su vez se traduce en movimientos complejos para apoderarse de ella y satisfacer una necesidad. Experiencias anteriores y habituales han dejado en las facultades la propensión á repetir la misma serie de actos, y uno de éstos cualquiera determina la reproducción espontánea de toda la serie: si la experiencia no hubiera asociado la figura de la manzana á la sensación del gusto, la primera no

despertaría la segunda, ni una y otra las tendencias y los movimientos.

La vida psicológica de los primeros años es toda ella de educación de la sensibilidad por medio del ejercicio, de adaptación á las impresiones exteriores, de adquisición y asociación de imágenes del mundo físico, y de coordinación habitual de éstas con las tendencias afectivas y los movimientos; y la perfección y desenvolvimiento de esta vida, consistirá en que la organización de todos estos elementos vaya haciéndose cada vez más rica, armoniosa, segura y estable.

En toda esta labor educativa una parte corresponde al instinto y aptitudes naturales: la inclinación fundamental de las facultades hacia sus respectivos objetos, y la influencia ordenada de unas sobre otras; no se concibe, en efecto, educación donde no hay naturaleza educable; la orientación y coordinación de la vida en relación con las circunstancias variables externas y las necesidades internas se deben en su mayor parte, y más principalmente en el hombre, á la educación y hábitos de la espontaneidad sensible.

3.—Así como la naturaleza espontáneamente crea estos hábitos para atender á las necesidades de la vida sensible, así la voluntad puede modificarlos y crear otros nuevos que obedezcan á fines particulares y libres de la inteligencia. Para realizar ésta sus planes se sirve como de medio necesario de la sensibilidad, modelándola y adaptándola á sus fines, é introduciendo en ella

mecanismos habituales que faciliten la acción; en estos casos el impulso y dirección general corresponde á las facultades superiores, la ejecución á las sensibles, y habrá tanta mayor perfección en estos hábitos cuanto con mayor fidelidad y economía de energía encarnen éstas y realicen los fines de la idea.

En efecto, bajo el imperio y dirección de las facultades superiores podemos encauzar nuestras facultades sensibles, provocando asociaciones de impresiones objetivas, imágenes, tendencias y movimientos por medio de ejercicios repetidos, hasta llegar á constituir á modo de sistemas psicológicos habituales y permanentes. No otra es la causa de ciertas disposiciones y aptitudes individuales, la facilidad y el rutinarismo en los quehaceres ordinarios de la vida, la habilidad en las artes mecánicas y en general la adaptación de nuestra sensibilidad á las impresiones del medio que nos rodea. Ejemplo complicadísimo de esta clase de hábitos, que por lo natural apenas excita nuestra admiración, es el lenguaje en todas sus formas, en que se asocian constituyendo un mecanismo fuerte y permanente multitud de elementos psicológicos (1).

(1) Una de las causas por qué la memoria verbal, y en general de la representación concreta de las cosas, es más fácil y segura en la primera edad que en edades posteriores, consiste, además de la mayor plasticidad de las facultades sensibles, en la mayor espontaneidad y casi automatismo de la vida en los primeros años, independientes de la reflexión; cuando por el contrario ésta acompaña á la memoria, y la razón interviene en la dirección de la vida, rompen la cadena de representaciones en mil pedazos, quitando á las facultades sensibles la espontaneidad natural.

4.—En la formación de los hábitos intervienen tres factores principales: la repetición de los actos, la intensidad de los mismos y el coeficiente pasional de que se acompañan.

Es ley fundamental de nuestra naturaleza psicológica y necesaria á su desenvolvimiento, que todo acto deja en la facultad cierta disposición, una facilidad mayor para ser repetido. En la vida psicológica, á semejanza de la naturaleza física, ninguna fuerza se pierde totalmente. Una impresión, una imagen, una emoción, un movimiento no pasan en nosotros de tal modo que de ellos no quede nada; todo acto, todo esfuerzo psicológico enriquece y perfecciona nuestro sér, quedando vestigios latentes en la memoria ó en forma de disposiciones para repetirlos con mayor facilidad y con preferencia á otros. Y cuando la acción es intensa ó prolongada aumenta proporcionalmente esta facilidad y propensión reforzando el hábito.

Gracias al hábito y á la educación las facultades producen la mayor cantidad de trabajo con el menor esfuerzo posible, aumentando la facilidad, la rapidez y precisión en las operaciones y movimientos, economizando así tiempo y energía. Un oído ejercitado percibe impresiones musicales, detalles y delicadezas, que jamás llegan á comprender los que carecen de educación musical. La necesidad afina de tal modo el oído y el tacto de los ciegos, que habitualmente utilizan sensaciones que para los demás pasan siempre desapercibidas.

Otro de los efectos del hábito es aumentar la espon-

taneidad de las actividades, á la vez que disminuir la conciencia de las acciones, hasta llegar muchas veces á ser mecanismo inconsciente, lo que comenzó siendo ejercicio reflexivo y laborioso. Todo el aprendizaje del músico, por ejemplo, consiste en establecer por medio de ejercicios repetidos un sistema habitual de asociación de impresiones y representaciones gráficas y auditivas de los sonidos y de movimientos, y á medida que esta asociación es más fuerte y espontánea, la ejecución encontrará menores resistencias, siendo más rápida, fácil y segura. Pero con la espontaneidad de los movimientos disminuye la conciencia de los mismos, recibiendo el carácter de instintivos. En sus comienzos ha debido el principiante particularizar la atención en cada una de las representaciones y movimientos; cuando ha llegado á conseguir facilidad en la ejecución, bastan el impulso inicial y la idea general para que se produzca todo el sistema. Al determinarse el pianista á ejecutar una composición, todo el sistema habitual de imágenes y movimientos responde casi inconscientemente á esta idea general, y manos y piés, todo el cuerpo, adoptan actitudes y movimientos los más apropiados á la buena ejecución; á medida que las imágenes de los sonidos se suceden unas á otras, responden las manos con movimientos rápidos y complicadísimos con seguridad, orden y armonía. Y nótese que todos estos movimientos tan maravillosamente precisos y armónicos puede verificarlos el músico, si tiene costumbre de ejecutar la misma composición, distraída la atención en otros ob-

jetos, en cuyo caso la inconsciencia de ellos es mayor; que por el contrario trate de darse cuenta de todo el complicado mecanismo de movimientos, y ó no podrá dar un paso, ó comprometerá al menos el éxito de la ejecución. Y es que los hábitos de la sensibilidad tienden á constituir á manera de automatismo psicológico espontáneo independiente de la reflexión; y cuando son creación libre de las facultades superiores, entonces son éstas las que determinan la marcha general, pero no pueden muchas veces tocar al engranaje interior sin entorpecer ó parar el movimiento.

Los hábitos son, pues, modos estables y uniformes de ejercicio de las facultades, cuyo fin es orientar la vida y adaptarla á las condiciones exteriores según la ley del menor esfuerzo posible.
